



Juan Goytisolo
Autobiografía

Galaxia Gutenberg

JUAN GOYTISOLO

Autobiografía

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Edición del autor al cuidado de Antoni Munné

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: junio 2017

© Juan Goytisolo, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B. 14990-2017
ISBN: 978-84-17088-27-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

COTO VEDADO

*La lucidité est la blessure
la plus rapprochée du soleil.*

RENÉ CHAR

Uno

Espulgar genealogías se reduce a descubrir, dice el narrador socarrón del *Petersburgo* de Biely, la existencia final de linajes ilustres en las personas de Eva y Adán. Fuera de este hallazgo capital e incontrovertible, las arborescencias y frondosidades de los troncos materno y paterno no suelen prolongarse –con excepción quizá de unas cuantas familias de aristócratas– a ese limbo original pomposamente conocido por la noche de los tiempos. En mi caso –vástago, por ambos lados, de una común, ejemplar, estirpe burguesa–, los informes tocantes a mis antecesores obtenidos durante mi infancia no se remontan más allá del siglo XIX. Pese a ello, mi padre, en uno de los arrebatos de grandeza que antecedían o preludiaban sus empresas y descalabros, se había forjado un escudo familiar en cuya composición figuraban, conforme a mis recuerdos, flores de lis y campos de gules: lo había trazado él mismo en un pergamino que lucía enmarcado en la galería de la casa de Torrentbó y era, según él, la demostración irrefutable de nuestros orígenes nobiliarios. En las largas veladas veraniegas propicias a la evocación de temas íntimos y anécdotas remotas, mi tío Leopoldo acogía la exposición de los presuntos blasones con una expresión risueña y escéptica: apenas su hermano mayor había vuelto la espalda, nos confiaba sus sospechas de que el viaje sin retorno del bisabuelo de Lequeitio a Cuba, adonde fue muy joven e hizo rápidamente fortuna, obedeció tal vez a la necesidad de romper con un medio hostil a causa del estigma inicial de una procedencia bastarda. ¿Por qué si no, al enriquecerse y triunfar, se había establecido con gran fausto en Cataluña y no en el País Vasco? Aquel extrañamiento y ruptura con el resto de la familia es y será siempre un enigma. En cualquier caso, dirimía, lo del escudo y nobleza eran producto de la desbocada fantasía paterna: nuestros antepasados vizcaínos no habían pasado de hidalgos.

Sea cual fuere la verdad, el bisabuelo Agustín, cuya imponente y señorial estampa presidía en mi infancia el cónclave fantasmal de re-

tratos de Torrentbó, se había convertido en uno de los magnates de la industria azucarera cubana gracias a su despiadada explotación de una mano de obra abundante y barata: la suministrada por los esclavos. La forma en que amasó en pocos años un capital inmenso revela un carácter duro y autoritario, poseído de la ambición y orgullo inherentes al mando y absolutamente seguro de sus derechos. Dueño del ingenio San Agustín, en el término municipal de Cruces, junto a Cienfuegos, adquirió también numerosas propiedades tanto en la isla como en la metrópoli. A los hábitos ordenados de su hijo Antonio debemos la conservación de un verdadero archivo de documentos –cartas personales, facturas, letras de cambio, correspondencia comercial, resguardos, fotografías– que permitiría exhumar a un historiador interesado en los negocios, costumbres y tren de vida de una próspera familia de indianos, la ideología, creencias, aspiraciones de la antigua sacarcra y el impacto en ellas de las vicisitudes políticas de la colonia desde las primeras luchas independentistas y abolición de la esclavitud a los acontecimientos que culminaron en la voladura del Maine e intervención directa de los norteamericanos.¹ A través del correo dirigido a o desde Cuba, se puede reconstruir la movilidad atareada del bisabuelo entre Barcelona, La Habana y Cienfuegos; su decisión de confiar el cuidado del ingenio e intereses isleños a su hijo Agustín, mientras mi futuro abuelo Antonio y la «niña Trina» se acomodaban lujosamente en sus propiedades y fincas del principado; la larga lista de achaques de la bisabuela doña Estanisláa Digat y Lizarzaburu, paliados tan sólo por sus consoladoras prácticas religiosas y sentimientos devotos. Del efecto que en mí produjo el hallazgo tardío de estos materiales el lector podrá forjarse una idea recorriendo las páginas de *Señas de identidad* y, sobre todo, el primer capítulo de *Juan sin tierra*. El mito familiar, escrupulosamente alimentado por mi padre, se esfumó para siempre tras la cruda verdad de un universo de desmán y pillaje, desafueros revestidos de piedad, abusos y tropelías inconfesables. Una tenaz, soterrada impresión de culpa, residuo sin duda de la difunta moral católica, se sumó a mi ya aguda conciencia de la iniquidad social española e índole irremediabilmente parasitaria, decadente e inane del mundo al que pertenecía. Acababa de descubrir la doctrina marxista y su des-

1. Cf. «Los Goytisolo. De hacendados en Cienfuegos a inversores en Barcelona», de Martín Rodrigo y Alharilla, en *Revista de Historia Industrial*, número 23, 2003.

cripción minuciosa de los privilegios y atropellos de la burguesía se aplicaba como anillo al dedo a la realidad evocada en aquellos fajos marchitos de cartas.

Fue así como, a los veintitrés o veinticuatro años —coincidiendo, es verdad, con uno de los desastres financieros de mi padre que anduvo a pique de llevarnos a la ruina—, pasé a ser compañero de viaje del Partido Comunista clandestino. Mi decisión se debía tanto a la lectura apresurada de los folletos y libros que empezaban a circular bajo mano en España como a la ilustración contundente de los mismos por las efemérides, historial y altibajos de mi propia familia. El proceso revolucionario cubano, iniciado unos años más tarde, sería vivido así, íntimamente, como una estricta sanción histórica a los pasados crímenes de mi linaje, una experiencia liberadora que me ayudaría a desprenderme, con la entusiasta inserción en él, del pesado fardo que llevaba encima. La misiva incluida en el último capítulo de la novela que cierra mi trilogía es auténtica si bien, por razones de adaptación novelesca, introduce algunos cambios al transcribirla. Otras, igualmente acusadoras e hirientes, permanecen todavía en mis manos. Sin ánimo exhaustivo, a fin de restituir las emociones que suscitaron, me limitaré a reproducir aquellas cuya elocuencia me exime de cualquier comentario.

Cienfuegos, sbre 25 1873

Sr. D. Agustín Goytisolo

Querido amo, la presente es para poner en su conosimiento como haber 24 le é entregado a el niño Agustín 300 p. oro para que me entregara la carta y dise que no me la puede dar yo hoy no le puedo ser útil a consecuencia de mi enfermedar como sumersé

sabe y espero de sumersé la diga algo sobre esto yo estoy en casa de Vizente y el es quien me mantiene y me paga los gastos de la botica y espero que sumersé le diga al niño Agustín que me la dé para ver si trasladandome a otro puerto puedo aliviar mi enfermedar pues estoy bastante fatal y si sumersé se quiere desengañar puede preguntar á personas de su confianza sin otra cosa les piden la bendisión tanto a sumersé como a la niña Trinidad y demás familia esta su criada Factora Goytisolo.

Recuerde sumersé que U. me ofresió lá carta y yo viendo que sumersé se demoraba me é tenido que empeñarme y bio que ni de ese modo no me la querendar no se que acermé pues si desea que yo baya a trabajar al campo y que tenga que dormir en el suelo me lo dirán eso será en recompensa

de mis trabajos yo espero en sumersé y en la Virgen de la Carida mande a darme la carta la criandera F.G.

Cienfuegos 30 de julio 1882

Muy sr. mio penetrada del más profundo dolor participo a U. la funesta noticia de la pérdida de su negro biejo Cándido, mi amado esposo que pasó a gozar de mejor vida el día 23 del presente y así como por sus amables prendas ha causado un común sentimiento a toda la familia y amigos me persuado que también sentirá en el ánimo una igual pena suplico a U. le tenga presente en sus oraciones ofreciéndome con este motivo a la disposición de U. en los preceptos que fueran de su agrado. Dios guarde a U. muchos años

CEFERINA GOYTIZOLO

Cienfuegos, Abril 22 1884

Sr. D. Agustín Guaitisolo

Estimado amo mio, deseo que al recibo de esta se halle Vd. y toda la familia gozando de una perfecta salud como yo para mí deseo y que todo sea felicidades y a la Sra la bendición a la niña Fermina Trina Luisita Josefita Dios que la acompañe mil años y que le doy gracias a su hijo Agustín por los favores que me está haciendo aquí de una desgracia que me calló que después de Dios el me salvó y que mande a su criado que tiene muchos deseos de verlo más que escribirle y me hará favor de contestarme esta carta para vesarla en lugar de Vd. que no es mi amo sino mi padre.

VICENTE GOITISOLO

Pero estoy anticipando una lectura realizada muchos años más tarde. En las vacaciones veraniegas de mis primeros años de bachillerato, el pasado glorioso de la familia paterna se cifraba ante todo en las fotografías atabacadas, un tanto desvaídas, que daban testimonio de su magnificante esplendor. Las vistas del ingenio –el tren cañero con el rótulo Goytisolo y Montalvo, sus vagones listos para la zafra, el batey con los almacenes y viviendas de la negrada, la sala de máquinas donde se llevaba a cabo la purga– y de las cuantiosas posesiones del bisabuelo –el palacete de Cienfuegos, el suntuoso chalé morisco edificado por él

en el Ensanche de Barcelona, su inmueble de la plaza de Cataluña actual propiedad del Banco de Vizcaya— eran la prueba gráfica de una grandeza que aun desvanecida podía conferir —y confería a mi padre— una conciencia inmanente de superioridad. La colección encuadernada de la vieja *Ilustración Española y Americana*, pródiga en estampas de la época, grabados y daguerrotipos, concurría a elaborar mis fantasías ingenuas con las coordenadas espaciales e históricas en las que la epopeya familiar se inscribía. Las imágenes coloniales cubanas, fisionomía y vestimenta de los mambises, despedida popular de los voluntarios embarcados para La Habana son parte integrante de unos recuerdos caleidoscópicos estrechamente ligados a mi niñez. El mito y aventura cubanos cobrarían así en mis adentros, hasta la irrupción de la pubertad, la forma de un paraíso perdido, de un edén expuesto con nitidez ante mis ojos y esfumado después como por efecto de un espejismo.

El abuelo Antonio había contraído matrimonio en Cuba con la hija de una rica familia de indianos de origen anglo menorquín: esta dulce, clara, lejana Catalina Taltavull y Victory, cuyo retrato adolescente presagia su melancólica resignación al destino.¹ Tras liquidar el patrimonio antillano, los Taltavull se habían afincado también en Barcelona, en donde el hermano de mi abuela llevó una vida despreocupada y alegre, severamente criticada por la rama colateral de la familia. En *La Habana para un Infante difunto*, Guillermo Cabrera Infante, al establecer la lista de moradores de la antigua casa de vecindad en que se criara con sus padres y hermano, menciona de oídas a un negro Tartavul que debió de ser en realidad un Taltavull descendiente de algún esclavo de mi otro bisabuelo paterno, inscrito en el registro, conforme a los usos de aquel tiempo, con el apellido del amo. Esos Goytisolo y Taltavull existen aún en Cuba y mi hermano José Agustín se fotografió con uno de ellos, casualmente mi homónimo. En 1962, durante una breve escapada a la villa de Trinidad, cercana a Cienfuegos, oí hablar de otro Juan Goytisolo, famoso por sus artes de brujería, que acababa de refugiarse en el monte huyendo al parecer de la furia de algún marido ultrajado.

La reconstitución de la vida barcelonesa de mi familia vasco cubana no resulta difícil: a los fajos bien ordenados de documentos y cartas del

1. Véase «La confabulación del azar» que publiqué en *El País* el 11-9-2004, con una irónica reflexión borgiana sobre la misiva que determinó mi aparición en nuestro planeta minúsculo.

abuelo Antonio¹ se añade, en la memoria, el poso de las apacibles evocaciones veraniegas de mi padre con sus hermanos Catalina y Leopoldo en la casa de Torrentbó. Por sus interminables charlas en el jardín o la galería, sé que mi tía abuela Trina, una imponente solterona bigotuda y católica que, según Leopoldo, tenía la pinta de un granadero, vivió rodeada de una pequeña corte de vicarios y canónigos, compadres de su vida regalada y beneficiarios de sus generosas limosnas. En su decorativo papel de perritos falderos, asistían a sus reuniones mundanas, le daban el brazo al cruzar la calle, sostenían con obsequiosidad su sombrilla: así, al fallecer ella, heredaron todos sus bienes, unas piadosísimas sanguijuelas, concluía el tío con expresión burlona. Tía Catalina fingía no oír el comentario y, tumbada en su eterna chaise-longue, desgranaba, entre murmullos, las cuentas de su rosario. El tema del tío abuelo Juan Taltavull, de su vida dispendiosa e inútil, era objeto también de comentarios y apostillas: en una ocasión, a fin de agasajar a sus invitados en su lujosa mansión de Caldetes, había reservado para ellos un tren especial en un arranque de megalomanía. Él y la tía Ángeles habían vivido ociosamente de sus rentas y, al mermar éstas, procedieron a vender poco a poco sus bienes hasta llegar a la situación inconfortable si no apurada en que les conocí: reclusos en un piso vasto y elegante de la Rambla de Cataluña, incapaces de mantener el rumbo y boato al que, para su desdicha, se habían acostumbrado. Ambos murieron después de la guerra y de sus cuatro hijos únicamente vi o traté a dos: la tía Mercedes y un varón, Juanito, que seguía los malos pasos del padre para vergüenza y escándalo de la familia. En el comedor de Torrentbó colgaba un retrato infantil del tío abuelo Juan, ridículamente vestido con chaquetín y calzones oscuros, acomodado en una especie de banquillo o taburete rojo: su expresión ceñuda y huraña, el empaque y esfuerzo del rostro, la sospechosa crispación de su postura incitarían a creer a un malpensado que fue sorprendido por el artista en el quehacer humilde de la defecación.

La figura de la abuela –paralela y simétrica en la inalterable disposición de los cuadros que adornaban la pieza– no guarda con él ningún parecido. Catalina Taltavull ofrece en ella la imagen de una adolescente delicada y suave, condenada por el código patriarcal de la sociedad en que vivía a un borroso papel de consorte fiel y sacrificada, víctima de una implacable sucesión de maternidades que segó prematuramente

1. Actualmente en la Fundación Luis Goytisolo, sita en el Puerto de Santa María.

su vida. Embarazada con regularidad por el abuelo Antonio, le dejó diez herederos, hembras y varones, al fallecer de sobreparto a los treinta y siete años. Su marido, al enviudar, se había consagrado con cristiana resignación a la prudente gestión de sus bienes y estricta educación de los hijos. Mientras su hermano Agustín se hacía cargo del patrimonio cubano y liquidaba el central azucarero de Cruces, improductivo y costoso después de los grandes cambios económicos y políticos originados por la lucha independentista e invasión norteamericana, él se ocupaba en mantener, falto del ímpetu arrollador del padre y de su infalible sentido de los negocios, su elevada posición social frente a la erosión paulatina del tiempo y mudanzas de la fortuna. Las relaciones con Cuba llenan una buena parte de la correspondencia de principios de siglo. Una misiva de su abogado, recién concluida la guerra con Estados Unidos, nos informa de modo sumamente significativo acerca del estado de ánimo de un sector de las clases acomodadas de la isla tras el choque de la derrota de España y amenazas de una revolución radical protagonizada por los mambises: «aun cuando la reconstrucción del país se va haciendo lentamente, porque hay todavía mucho majadero que habla de machete y de tiros, con lo cual sólo consigue amedrantar a los niños, lo positivo es que va adelante. Grandes empresas cambian de mano todos los días y el dinero del extranjero hará renacer la vida y el bienestar en estos campos de Cuba regados con tantas lágrimas y sangre. Sea cual fuere el porvenir de este país en el terreno político, si los americanos intervienen de una u otra manera en sus destinos, la isla prosperará».

Aunque el intercambio epistolar con Cuba se espacia al consumarse la división patrimonial entre los dos hermanos, los documentos que conciernen a la vida española presentan asimismo considerable interés. Por medio de ellos, podemos rehacer la existencia diaria de un indiano acaudalado, conservador, rígido y piadoso, cuya conducta, sentimientos e ideas me inspiran e inspiraron siempre profunda antipatía. Su proverbial mezquindad –establecida por cuantos le conocieron– admitía tan sólo una excepción en materias religiosas. Cuando tío Leopoldo comentaba que prefería patearse los cuartos en fiestas y fulanas como el tío Juan Taltavull a arruinarse como «otros» por mor de la Iglesia, el dardo apuntaba claramente a sus larguezas baldías. Tan excepcional generosidad no era con todo enteramente desinteresada: como un buen hijo de negociantes, obedecía a un cálculo de rentabilidad, si no inmediata y tangible, al menos metafísica. En pago a sus fieles y asi-

duos servicios a la causa eclesiástica, el Pontífice León XIII se había dignado conceder una indulgencia plenaria *in articulo mortis* para él, sus colaterales y descendientes hasta la tercera generación en un diploma que, con su fotografía, sello y firma lucía pomposamente enmarcado en la casa de Torrentbó. Si bien cabe pensar como mi tío, de forma un tanto pedestre, que aquella absolución de los pecados cuyo manto benigno me resguardaba de las penas infernales cualesquiera que fuesen mis crímenes debió costarle los ojos de la cara, la mirífica compensación ultraterrena resultaba para un creyente del temple del abuelo infinitamente más atractiva. Asegurar la eterna felicidad para sí y la familia revestía las apariencias de una inversión sumamente rentable: la prolongación en el más allá de un sistema social inamovible y propicio, como ese paraíso imaginado por los nobles egipcios enterrados en el Valle de los Muertos y en cuyos hipogeos figuran dibujadas hermosísimas estampas de la vida regalada, colmada de manjares, bebidas, servidores y ofrendas, que les aguarda al abandonar este mundo. Reprocharle tal previsión –un verdadero seguro de muerte contraído para él y los suyos– sería no sólo superfluo e inoportuno sino una muestra chocante de ingratitud.

El carácter severo y altivo del abuelo, su viudez triste, la porfía con que somete a sus hijas e hijos a los rigores de una adusta educación religiosa se traslucen en la correspondencia con éstos en sus años de internado con los jesuitas o monjas del Sagrado Corazón. Los manuales de piedad de la época, lectura obligada de mis tíos durante sus vacaciones de verano, reflejan una curiosa concepción maniquea de un mundo partido entre Dios y el pecado, bastante más próxima al Génesis que a los Evangelios, cuyo conocimiento nos informa, mejor que cualquier análisis, del pensamiento ultramontano de nuestras clases pudientes en el período de la Restauración. Un manoseado ejemplar de la *Devoción a san José*, procedente de la biblioteca de Torrentbó y que casualmente tengo a mano en el momento de escribir estas líneas, recoge puntualmente una serie de milagros en los que la Justicia divina fulmina indiscriminadamente a librepensadores, blasfemos, sindicalistas, republicanos, masturbadores y enemigos del Papa: «En cierto pueblo ha ocurrido un ejemplo de la venganza del cielo. A eso del mediodía, el señor Cura llevaba el santo Viático a un enfermo. Al salir de la iglesia pasó delante de un mesón donde había tres hombres sentados a la mesa. Dos se levantaron y descubrieron al ver al santísimo Sacramento; pero el otro, lejos de imitarles, empezó a burlarse de ellos, y

creyendo dar muestras de valor y talento, pronunció una infame blasfemia contra Jesucristo y la santísima Virgen. Apenas el infeliz había acabado de proferir su blasfemia, cayó sin conocimiento en presencia de sus compañeros aterrados. Fuese por un médico, llamóse al vicario de la parroquia, y fueron inútiles todos los cuidados: por tres veces distintas acude el sacerdote a confesar al moribundo, pero siempre en vano. Su blasfemia fue su última palabra. Después de diez horas de agitarse en horribles convulsiones, expiró, habiéndose él mismo cortado la lengua con los dientes en su delirio». «Otro sujeto, muy aficionado a leer periódicos impíos, al ver a su hija, vestida de blanco, que iba a salir para trasladarse a una población vecina en que el señor Obispo administraba el sacramento de la Confirmación, se enfureció de tal manera que arranca a su hija el velo y la guirnalda que llevaba, y la encierra en un cuarto. Al cabo de algunos días, un caballo desbocado, después de haber atravesado toda la población sin hacer daño a nadie, entra en la casa de este inconsiderado padre, lo derriba y lo pisotea, dejándolo muerto».

Hombre de orden e inquieto por los disturbios que sacudían a Barcelona en vísperas de la Semana Trágica, el abuelo había sostenido con entusiasmo la política represiva de Antonio Maura contra los agitadores y revoltosos que osaban perturbar la paz social. Recientemente, encontré entre sus papeles una carta con membrete del Presidente del Consejo de Ministros fechada el uno de febrero de 1904 en la que, en respuesta a otra suya de la que desdichadamente no hay copia, Maura agradece sinceramente la felicitación que le había mandado: «Por el número de aquellas, cada día creciente, que recibo, de personas de todas las clases sociales, veo con gusto que la opinión sana del país se va exteriorizando y esto me alienta a proseguir la obra comenzada». Este poco santo intercambio de opiniones entre mi abuelo y el de mi amigo Jorge Semprún –como dije a éste al hacerle partícipe de tan divertido hallazgo– habría sido interpretado quizá por Carrillo, de haber tenido ocasión de conocerlo en el momento de la ruptura de Semprún con el Partido y mi involuntaria implicación en la misma por un artículo que publiqué en *L'Express*, como antecedente remoto de un contubernio nuestro destinado a minar la unidad de la organización y moral de sus miembros. La relación insospechable de los dos abuelos –vista a una distancia de casi ochenta años, desde la atalaya privilegiada de nuestra distinta experiencia política– me parece uno de esos azares sorprendentes de la historia que a menudo incitan a creer en la presencia entre

bastidores de un genio burlón y matrero, diestro en el arte de la paradoja y sutil ejercicio de la ironía.

En la segunda década del siglo, la correspondencia disminuye de volumen hasta extinguirse del todo. Los últimos años del abuelo Antonio en su mansión de la calle Mallorca se pierden así en los dominios de la conjetura e información dudosa: estudios universitarios de los hijos mayores, esponsales, veraneos en Torrentbó, lenta e inexorable metamorfosis de su viejo estatus de prócer acomodado en el de rentista avaricioso y parco, reducido por la inercia natural de las cosas a una existencia vacua y decorativa. La fecha de su muerte coincide con el noviazgo de mi padre y retrasó al parecer algunos meses la celebración de la boda. El clásico ciclo de ascensión, esplendor y caída de las familias, manifiesto ya en su vejez, debió de colmarle de ansiedad y amargura. El reparto de la aún cuantiosa fortuna entre sus diez hijas e hijos, la falta de ambición y espíritu combativo de éstos, presagiaban un futuro difícil e incierto en un período caracterizado precisamente por su movilidad social y sobresaltos políticos. Desaparecido el vínculo que los mantenía unidos, sus herederos no tardarían en dispersarse: su cohabitación en el palacete anacrónico, empequeñecido y rodeado ya por los flamantes inmuebles de habitaciones del Ensanche, resultó pronto dispendiosa e inútil. Mientras algunos contraían matrimonio y fundaban un hogar, otros –como Leopoldo, Luis y Montserrat– buscaron un piso agradable y moderno, mejor adaptado a sus gustos y necesidades. El chalé morisco fue vendido y desapareció poco después bajo los golpes de la piqueta demoledora, barrido por la fiebre especulativa que alteraría para siempre aquellos años la fisonomía apacible y romántica de la ciudad.

Si alguno de mis tíos desempeñó en mi niñez un papel importante, la mayoría de ellos se eclipsaron en fecha temprana o asomaron al horizonte de aquélla como simples comparsas, de forma fugaz y anodina. El recuerdo de tía Rosario, su marido y los hijos enlaza casi exclusivamente con mi primer aprendizaje de la vida, cuando su familia y la nuestra vivían refugiadas durante la guerra en el pueblo de Viladrau. De tía María, viuda y con siete hijos, conservo una imagen insegura y borrosa: una visita con mi madre a su casa un tanto gaudiana de la calle Dominicos, en la parte alta de la Bonanova. A tía Magdalena no la llegué a conocer: enferma, neurótica, se había habituado, a causa de una larga dolencia, al consumo de drogas y falleció siendo yo niño en un sanatorio. Sus hermanos evitaban hablar de ella y cuanto sé de su vida llegó a mis oídos de manera indirecta o a media voz. En Torrentbó descubrí una vez un libri-

llo suyo subrayado a lápiz cuyo título, *Los engaños de la morfina*, sugiere la idea de que le fue aconsejado por algún médico en una de sus curas de desintoxicación. El opúsculo, destinado a poner en guardia contra el abuso de estupefacientes, incluía curiosamente en la lista de adictos célebres al «divino» marqués de Sade: la primera noticia del creador de Justine y Juliette me llegó en consecuencia a través de una prosa pseudo-médica plagada de fabulaciones y errores con el previsible resultado de inspirarme un deseo vivísimo de conocer su persona y obra, retratadas por el horrorizado publicista con el atractivo malsano de la fascinación. El tío Joaquín, que había obtenido como Leopoldo un diploma de médico, emigró a Argentina antes de mi nacimiento tras haber contraído un matrimonio severamente condenado por la familia a causa del origen humilde de la desposada: allá, con una energía brusca e insospechada, se lanzó a una vasta explotación ganadera hasta forjarse una posición económica desahogada que le situaría en lo futuro muy por encima de sus hermanos. Las vicisitudes de la guerra civil y carestía reinante en la zona republicana le procuraron la dulce ocasión de lavar la presunta mancha socorriendo regularmente a mi padre y los tíos de vituallas acogidas por éstos como el agua de mayo. Cuando, a fines de los cuarenta, llegó a la estación marítima de Barcelona con tía María y las primas, su recepción fue la de un triunfador. Toda la familia acudió a abrazar a la ex oveja negra y, olvidando su desdichado protagonismo en la partida del tío a Patagonia, papá lo erigía en paradigma de virtudes y nos incitaba a seguir su ejemplo. Mientras él y sus hermanos soportaban como podían las estrecheces generales de la posguerra española y las ocasionadas por el declive de su fortuna, Joaquín, el apestado, salía engrandecido de la prueba y era objeto de muestras de respeto y admiración. Mi padre, cuya obsesión con el peligro comunista rayaba a veces en lo patológico, nos incitaba a abrirnos paso lejos de Europa aprovechando la experiencia y consejos de aquel digno émulo del bisabuelo en sus afanes de aventura y de gloria. Tío Joaquín y su esposa paladeaban modestamente su desquite, deslumbrándonos a todos con su sencillez y afabilidad.

Los hijos menores del abuelo Antonio, Ignacio y Montserrat, incidieron también en mi niñez de manera esporádica: él, ingeniero industrial e inventor de mejoras patentadas en el dominio de los ferrocarriles, se había convertido durante la guerra en un apasionado franquista y sostenía acaloradas discusiones con Leopoldo, cuando éste pronosticaba, desde Stalingrado, la derrota inevitable de los alemanes. Montserrat pertenecía a un mundo enteramente distinto del de sus hermanos:

huérfana de padre y madre, había adoptado un estilo de vida independiente y desenfadado, en las antípodas de la pudibundez y piedad en las que se criara de niña. Fumaba, bebía, había sido pionera del charlestón, falda-pantalón y baños solares antes de contraer matrimonio a los treinta y tantos años con un tal Federico Esteve, con quien se estableció en Mallorca poco antes de la guerra civil. Recuerdo la visita de ambos a la casa de Pablo Alcover para pedir la mano de ella a mi padre en su condición de hermano mayor: un matrimonio que se revelaría sumamente desgraciado y, tras años de humillaciones y desaires, la conduciría por fin a la ruina.

Sobre mis tíos Leopoldo, Catalina y Luis me extenderé luego: los tres intervinieron de un modo u otro en mi formación y experiencia. El resto de la estirpe paterna —una veintena y pico de primos entre los que se contaban o cuentan un salesiano, un dignatario del Opus Dei, un misionero en el Chad y un cura obrero marxista— aparecerá también, si la exposición de los hechos lo aconseja, en las páginas de este relato. Mientras la noción de familia ha dejado de significar algo para mí desde hace años, la rareza de nuestro apellido y un reflejo puramente atávico explican la manía de que en mis viajes consulte siempre la guía telefónica de las ciudades en que paro con la vaga esperanza de dar con un miembro remoto del clan; pero, fuera de México y Nueva York, no he descubierto nunca por este medio las huellas de una parentela lejana. Mi relación con los Goytisolo, más allá del círculo de mis hermanos, ha sido en las últimas décadas producto de la casualidad: hubo, en primer lugar, un extraño desencuentro con una Madame de mi apellido en un hotel de Marraquech a causa de un telegrama fechado en Burdeos en el que la misteriosísima dama anulaba su reserva y la de su compañera el mismo día de mi llegada, lo que ocasionaría una explicable confusión y el comentario incrédulo del director del hotel, convencido de que el mensaje era mío y le estaba tomando el pelo, *vous ne me ferez pas croire tout de même, Monsieur, qu'un nom pareil court les rues*; igualmente inverosímil el real y tangible cartel anunciador de un coñac Goitisolo exhibido, ante mi estupor, en una vitrina del Gran Bazar de Estambul por un comerciante turco hincha del Athlétic y admirador de lo vasco: como no sufro alucinaciones ni había fumado kif, tuve que plantarme unos segundos con la nariz pegada al escaparate ornado de ikurriñas hasta persuadirme de que era verdad.

Imperceptiblemente, los signos se acumulan. De forma insidiosa y aleve, irregulares, dispersos, como espaciados adrede para dificultar su lectura. No el simple deterioro físico, verificado apenas en lo cotidiano, el esfuerzo mayor exigido por cada uno de los actos y pequeños rituales del día, ni siquiera la contrariada sorpresa, instintiva rebelión derrotada del brusco enfrentamiento a la marchita juventud de tu fotografía : la irrupción más bien, en un momento de vaga felicidad irresponsable, de ese corte inopinado, brutal, que desbarata previsiones y cálculos y te abandona inerme a la conciencia de una irremediable caducidad.

Conducir, por ejemplo, a la amanecida, a través de un sereno y luminoso paisaje, por una apacible, casi desierta carretera comarcal olvidando, es verdad, según descubrirás más tarde, que se trata de un viernes, día trece y estás por contera en el departamento francés número trece, algo que cualquier supersticioso podría interpretar erróneamente como una deliberada provocación, detenerte en la señal de alto plantada en el cruce con la nacional de Saint-Rémy a Tarascon, atender a la llamada de un sujeto de edad media que, al otro lado de la encrucijada, con una pobre y deslucida maleta en la mano, te pregunta si puedes llevarle contigo a un pueblo vecino y, después de comprobar que te pilla de paso, atravesar la calzada, olvidándote, en el intervalo del breve diálogo, de mirar aún a la izquierda y oír de repente el zurrido estridente de unos frenos, segundos antes del encontronazo que reducirá tu automóvil a triste chatarra. Salir titubeante del vehículo y afrontar el rostro céreo, descompuesto de miedo, del chófer del camión, involuntario mensajero de un aviso del destino, precisamente un árabe; dirigirle, en su lengua, unas palabras para tranquilizarle y escuchar sus balbuceos –no sorprendido en absoluto por lo insólito del hecho de que el europeo presuntamente herido converse con él en su idioma–, la salmodia a media voz de los Kulchi fi yid Allah y otras fórmulas de acatamiento a lo Escrito entretrejidás con exclamaciones de acción de gra-

cias. Inverosímil diálogo en la carretera nevada de vidrio, sin experimentar todavía dolor alguno por la uña del pulgar arrancada de cuajo mientras adviertes que el causante indirecto del lance huye a toda prisa con la maleta a cuestas y la dueña de la tienda situada en el cruce, tras permitirte telefonar al amigo en cuya casa te has hospedado, encaja sin pestañear el precio de la llamada. Sólo perplejidad por tu presencia en un mundo algodonoso y fantasmal, objeto de piedad o indiscreción de los inevitables mirones, junto a la figura magra y envejecida del desamparado magrebí transportista de fruta que, pasado el apuro, se esfuerza en establecer también una simple composición de lugar –daños, responsabilidades, necesidad de prevenir al amo–, aguardando la llegada de la policía.

O, quince meses más tarde, en el curso de un viaje sentimental al espacio de tu propia escritura, después de recorrer el paisaje solitario y agreste en el que se desenvolvía la trama de una de tus novelas, volver al lugar como el culpable retorna siempre al sitio de su crimen, inmerso en la masa bulliciosa y enardecida de aficionados venidos de todos los rincones de la provincia a asistir, como tú, a la expiatoria y cruel ceremonia de los encierros, encaramado en las talanqueras de la plazuela inferior de Elche de la Sierra por donde iban a irrumpir los bichos con su cortejo de cabestros y gañanes en medio de los gritos y estampida de los petardos, varazos, huidas, envites, aupamientos, motivo de arrobos y entusiasmo de la abigarrada multitud; descolgarte del racimo humano, para seguir calle arriba, con tus amigos, el tropel de los rezagados hacia la iglesia parroquial del pueblo, intentando prever por los chillidos y fugas precipitadas el regreso de los astados desde la plaza rectangular y vallada, en donde horas después debe celebrarse la lidia y ejecución de los animales, el sangriento, colectivo ritual; internarte, al cabo de larga espera, en el callejón atrancado, sordo al aviso del compañero albaceteño que conoce mejor que tú la disposición del lugar –longitud del trayecto hasta la iglesia, carencia de refugios y barreras por las que trepar en caso de necesidad–, con el propósito de llegar al palenque en el que permanecen los toros; alcanzar la embocadura de la plaza y, desde el portillo abierto en la empalizada de troncos verticales, cerciorarte de la dificultad de entrar sin atraer la atención de uno de los bichos que, excitado ya por la detonación de las tracas, golpes y bastonazos, rasca el suelo con las pezuñas y mira tenazmente a la salida, ansioso de embestir, cornear, vengarse de la esquivia cuadrilla de mozos que lo maltratan y burlan; buscar refugio a tu izquierda mientras la res

humilla el testuz y arranca de súbito en dirección al postigo de la talanquera, dejar que pase en tromba tras los gañanes, oír los gritos de terror cuando arremete a uno de ellos en plena carrera, lo echa por tierra, empitona, prosigue su furia persecutoria, abandonándolo de bruces, como muerto; percibir de nuevo las voces y chillidos anunciadores de la irrupción del segundo toro, verificar que tus vecinos se escabullen y trepan a las talanqueras de la derecha de la bocacalle aupados por los de arriba, arrimarte por segunda vez, imprudentemente, a la esquinera izquierda, arrinconado entre una pared y los troncos verticales de la empalizada; percartarte de pronto de que el toro, traspuesto el umbral, en vez de seguir adelante y acometer a los fugitivos, vuelve la grupa y se encara contigo a dos metros escasos de distancia, te observa con fijeza durante unos instantes interminables, el tiempo de concretar sin temor, con puro asombro, la situación impensable en la que te encuentras: aculado al rincón, sin medio de pasar entre las tranqueras, consciente del carácter absurdo de la escena, suspenso y poseído tan sólo de una densa y frondosa incredulidad; intentar escurrirte con lentitud hacia la puerta, convencido de la imposibilidad de que aquello sea cierto, de protagonizar una especie de sueño despierto, la habitual pesadilla nocturna, opaca, laboriosa, pugnaz; y sentir no obstante el golpe de testuz que te tumba, arrastra bocabajo por el suelo, perdida toda noción de lugar y de tiempo, segundos, segundos inimaginables, ni pánico ni dolor ni zozobra, sólo, sólo, sólo abrumadora irrealidad; y escuchar un grito familiar, tu nombre aullado más que pronunciado, momentos antes de que manos anónimas te tiren de los brazos, te incorporen, rescaten y, al azar la vista, descubras a Abdelhadi entre los cuernos del toro, izado cual carga ligera por el bicho furioso, a punto de ser volcado atrás de un cabezazo basta que el animal, vapuleado por los mozos durante su breve y espectacular caída, se levanta, olvida a tu salvador, da media vuelta y corre encolerizado tras la cuadrilla; agitación, solicitud, ofertas de ayuda tardías e inoportunas de los asistentes al lance apiñados en torno a ti y Abdelhadi, empujados, casi en volandas, al cercano puesto de socorro, deseosos ambos, con ese orgullo lastimado de quien acaba de dar el tropezón en público, de impedir que la gente os compadezca, de sustraeros lo antes posible a su curiosidad y atención; aprehender de golpe, ajeno al gentío que te rodea, el destino irrisorio y grotesco que te ha rozado exactamente el mismo día en que un infeliz espontáneo muriera empitonado ante millones de televidentes en la plaza de toros de Albacete, decidido a ocultar la humi-

llación a Monique, sobre todo a ella, antes de haberla encajado, digerido, exorcizado, días, semanas, meses o años más tarde, gracias a ese lento, paulatino proceso interior que conduce soterrado a la escritura; reconocimiento, cura, desinfección con mercromina y algodón de roces y magulladuras, y registrar como un sonámbulo el homenaje admirativo de un cabo de la guardia civil testigo del accidente que, luego de dar unas palmadas en el hombro de Abdelhadi y haber intentado en vano comunicar con él, se vuelve a ti y formula torpemente el cumplido, «su amigo, aunque moro, es noble y valiente».

Como la madre frustrada que después de un aborto involuntario busca con impaciencia, a fin de superar el trauma, la forma y ocasión apropiadas de lograr un nuevo embarazo, sentir aflorar bruscamente, en el dormitorio de la habitación en donde os reponéis del percance, la violenta pulsión de la escritura tras largos meses de esterilidad sosegada, urgencia y necesidad de escribir, expresarte, no permitir que cuanto amas, tu pasado, experiencia, emociones, lo que eres y has sido desaparezcan contigo, resolución de luchas con uñas y dientes contra el olvido, esa sima negra de fauces abiertas que acecha, lo sabes, a la vuelta de cualquier camino, don de vida precario, milagro humano, existencia y realidad avariciosamente concedidas, júbilo de confirmar con los cinco sentidos que el portento diario se prolonga, que una prórroga aleatoria te consiente aún ser tú mismo, súbita y reiterada acumulación de recuerdos, fogonazos, instantáneas, fuegos fatuos, ebriedad de ver, tocar, oír, oler, palpar, evocar lo sucedido, la Historia, las historias, el encadenamiento de hechos, imponderables, circunstancias que te han convertido en este cuerpo maltrecho tumbado bocarriba sobre la cama de la escueta habitación en que te alojas, instante revivido ahora, a vuela pluma, cuando casi dos años más tarde empiezas a ordenar tus sentimientos e impresiones, plasmarlos en la página en blanco, vuelatrás sincopado, a bandazos, sujeto a los meandros de la memoria, imperativo de dar cuenta, a los demás y a ti mismo, de lo que fuiste y no eres, de quien pudiste ser y no has sido, de precisar, corregir, completar la realidad elaborada en tus sucesivas ficciones, este único libro, el Libro que desde hace veinte años no has cesado de crear y recrear y, según adviertes invariablemente al cabo de cada uno de sus capítulos, todavía no has escrito.

Las sombras y opacidades de la línea materna son todavía más densas. El abuelo Ricardo apenas hablaba de ella y las confidencias de la abuela Marta, escuchadas de niño, se han borrado en gran parte de mi memoria. Sé de cierto que mi tatarabuela era andaluza, se llamaba doña María Mendoza y escribió una novela titulada *Las barras de plata*, inspirándose en los relatos de Walter Scott: en la torre de la calle de Pablo Alcover guardábamos un ejemplar del libro, encuadernado en rojo, pero nunca me tentó la curiosidad de leerlo. Había también un retrato de ella, una dama de apariencia adusta y majestuosa, tocada no obstante por la gracia o insania de la escritura. Novela y retrato desaparecieron a la muerte de mi padre o quizás antes, víctimas de la confusión de aquellos años: mudanza de muebles y enseres de la casa, dispersión general de la familia. Los vestigios del pasado interferían en mi juventud de forma molesta y sólo más tarde volví a pensar en esa posible y lejana transmisora genética de la vocación literaria que marcaría mi vida y la de mis hermanos. ¿Quién fue, cómo era, por qué había escrito? Otras tantas preguntas sin respuesta, perdidas en el limbo del olvido.

A la bisabuela, su nuera, alcancé a verla en su torre de Pedralbes a mis tres o cuatro años de edad: vestía de luto y llevaba unos rodetes amarillentos, quizá teñidos, encima de las orejas. Se apellidaba Pastor, procedía de una estirpe de militares¹ y había enviudado de José María Vives y Mendoza, un notario con aficiones humanistas. Este bisabuelo poseyó una biblioteca histórico-castrense, algunos de cuyos volúmenes –diccionarios latinos, una crónica ilustrada de los almogávares– fueron a parar a casa. La abuela Marta solía referirnos episodios de la

1. Su padre fue gobernador militar de las islas de Filipinas y es un ascendiente remoto del novelista Javier Pastor, de cuyo manuscrito *Fragmenta* fui el primer lector. [Nota para la presente edición.]

carrera y hojas de servicios de los miembros de la familia, evocar sus emociones infantiles al toque de corneta y formación de la guardia con que se acogía su llegada al cuartel. La tradición jurídico-militar de los suyos se compadecía sin embargo muy poco con la actitud anómala, rebelde y catalanista de su hermano, el traductor y poeta Ramon Vives Pastor. Mi tío abuelo Ramon, según averigüé de manera tardía e indirecta, había llevado en su juventud una existencia bohemia, entregada a la literatura, el dandismo y la disipación. Los testigos de la época lo pintan como un personaje escéptico y apasionado: su versión catalana de las *Estancias* de Omar Jayyam está dedicada a su amante, la irlandesa Bertha St. George, *filia tristoia i dolça d'aquella verda Erin, esclava, com ma terra, d'una llei opressora*. La traducción, hecha a partir de la del orientalista y diplomático francés M. Nicolas, fue prologada por Joan Maragall y contiene algunos versos que, mediante el recurso discreto al diccionario, leía con delectación cuando a fines del bachillerato comencé a perder la fe religiosa:

*Vaig enviar mon ànima vers el llunyà Invisible
les lletres a l'altra Vida per a que em confegís,
i, poc a poc, a mi va retornar passible,
dient: «Jo soc mon proper Infern i Paradís».*

*Muller: no vui que preguis per mi. Déu fa son do
sens que se li demani, i els vels del seu perdó,
i sa misericòrdia, immensos com el mar,
cobriran, sensa veures, els grans pecats d'Omar.*

Su anticonformismo religioso y militancia nacionalista debieron causar escándalo incluso en el medio culto y liberal en el que se había educado. La abuela Marta hablaba a menudo de él: las bromas que solía gastar cuando eran niños, su viaje a Ginebra adonde fue a cuidar la tuberculosis que años después le arrastraría con todo a la tumba. Allí habría arrojado un papel al suelo, en plena calle, y un viandante le había reprochado el descuido, indigno de un país civilizado, e invitado, amablemente, a recogerlo. Es una de las pocas anécdotas que recuerdo, acompañada siempre del comentario: los suizos son muy ordenados y limpios. En el pequeño mueble biblioteca de la entrada de Pablo Alcover se alineaban algunos libros suyos en catalán, castellano y francés: una bellísima edición de *La regenta* figuraba entre ellos. Había también un

rimero de carpetas llenas de manuscritos suyos. Con esa indiferencia cruel de los niños, me había servido de ellos para dibujar y escribir mis chapucerías en la cara en blanco de sus obras de teatro, condenándolas así a la destrucción y la nada. Cuando pienso ahora en el gesto mío me asusta comprobar que, aun en mi inconsciencia, hubiera sido capaz de tan lamentable hazaña: asestar aquel golpe definitivo al objeto precioso de sus esfuerzos, reducir a cenizas el testimonio y justificación de una vida. Pero, increíblemente, en casa no se nos había inculcado la más mínima noción de respeto tocante a sus escritos. Fuera del anecdotario familiar de la abuela, nadie aludía a él, hecho del que deduzco una actitud de cautela un tanto reprobadora. Quienes le conocieron –mi madre, tía Consuelo– habían muerto o callaban prudentemente como el abuelo. En cuanto a mi padre, sé que le profesaba, por razones fáciles de adivinar, una franca y sañuda antipatía: a un catalanismo y bohemia que chocaban de frente con sus convicciones de hombre tradicionalista, apegado sentimentalmente a lo vasco y afecto a los valores patrióticos, se añadía un elemento irracional, la sospecha, varias veces formulada en los momentos en que buscaba un responsable universal de sus desgracias y calamidades, de que el tío abuelo Ramon había sido el causante de la meningitis tuberculosa de la que falleció a los siete años, antes de que yo naciera, mi hermano Antonio. Este hecho, y su aversión no disimulada al abuelo Ricardo por razones que aclararé luego, explican que sus relaciones con la familia de mi madre fueran cuando menos frías y distantes. La obra y memoria de Ramon Vives sufrieron un daño irreparable en aquella atmósfera familiar traumatizada por el desastre de la guerra en unos años de vertical saludo e imperial lenguaje, apego a las normas religiosas y esencias perennes, chivo expiatorio de unas circunstancias en las que su simple mención resultaba molesta y las abandonaba inermes al capricho de un niño lego e irresponsable. La desdichada contribución mía a su segunda muerte me abrumba hoy de sonrojo y tristeza. Poco, muy poco subsiste del trabajo de este rebelde nacido a deshora en una sociedad proverbialmente dura con los disidentes y cuya ruda terapéutica en épocas de crisis hallaría una lamentable complicidad en el seno de la propia familia. Sus *Notes poètiques* subtituladas *Poesia és llibertat*, impresas a primeros de siglo, no han llegado nunca a mis manos¹ y nada sé de ellas fuera de alguna referencia ocasional de su sobrino, primo

1. Las conseguí en fecha reciente y a ellas me referí en una conferencia reciente en el Ateneu Barcelonès.

carnal de mi madre, el profesor Josep Calsamiglia. A pesar de ello, los escasos elementos de que dispongo para configurar su historia y carácter lo convierten en uno de los raros antecesores que intuyo próximos y con quienes siento una afinidad moral más allá de los impuestos y aleatorios lazos de sangre, afinidad teñida, en su caso, de remordimiento y melancolía. La palabra anulada y hecha trizas por mí siendo niño me ha contaminado tal vez sin saberlo para brotar insidiosa en cuanto he escrito y escribo. Sea cierta o no, la idea de esa posible transmigración me consuela de mi acto irreparable, transmutándolo sutilmente si no en una palin-genesia, en una forma discreta de sobrevida.

La misma aura de misterio envuelve la vida y personalidad de mi tía Consuelo. Hermana menor de mi madre y agraciada también con una luminosa belleza, la expresión de su rostro, captada en numerosas fotografías, revela una fragilidad e indefensión disfrazadas apenas de recato y dulzura. Aficionada al violín –del que tomó cursos de interpretación hasta manejarlo con maestría–, compuso un delicado poema sobre Maurice Ravel, publicado en la revista *Mirador*, que el abuelo guardaba celosamente entre sus papeles.¹ Sus discos de Bach, Mozart, Schubert, Brahms, Debussy, conservados en un álbum que, después de la guerra, pasó a nuestras manos, me pusieron en contacto por primera vez con el reino sereno de la música; pero, aunque murió cuando yo había cumplido los nueve años, no llegué a verla nunca. Con anterioridad a mi nacimiento se había casado con el abogado Eusebio Borrell y enviudó sin hijos. Este matrimonio efímero y la índole de la afección que acabó con su esposo no eran evocados jamás en el círculo de mi familia. Un retrato de la pareja, sacado frente a uno de los monumentos de la primera Exposición Universal, no sé si en el paseo de San Juan o en el parque de la Ciudadela, muestra a uno de esos individuos de facciones huidizas y fofas que, por una razón que ignoro, abundan tanto en las filas de la pequeña burguesía de Barcelona. A raíz de su muerte prematura, tía Consuelo había caído en un estado de depresión profunda: cuando empecé a abrir los ojos y registrar lo que ocurría a mi alrededor, no aparecía por casa y se hallaba ya, muy probablemente

1. Gracias a la Fundación Luis Goytisolo, sus poemas, escritos en castellano, catalán y francés, fueron publicados en 1999 en un volumen titulado *Poetas muertas*, con una introducción de mi hermano Luis y un prólogo de Elvira Huelbes. Véase «El bargeño o armario secreto de mi familia», en los apéndices de este volumen, pp. 569-572.

te, internada en un sanatorio. Durante la guerra civil, fue recogida por sus padres en el piso en que se refugiaron después de ser requisada por los milicianos la torre de Pablo Alcover. Allí, los bombardeos de los que fue víctima su hermana y el naufragio de su mundo, barrieron sus últimos vestigios de lucidez. Concluido el conflicto, la ingresaron de nuevo y murió poco después de una enfermedad cuya naturaleza desconozco.¹ Recuerdo tan sólo sus funerales, a los que asistí con un brazalete negro en compañía de mis hermanos. Aunque la familia del tío Eusebio vivía en el mismo barrio de la Bonanova en que nos criamos y diariamente pasábamos ante su casa –una villa sombría y húmeda en lo alto de la calle de Anglú– camino del colegio de los jesuitas, por una razón oculta no manteníamos ningún trato con ella. Mis abuelos se referían a su consuegra con el mote de la Chapuda y el carácter despectivo del término, agregado a este extraño alejamiento, sugiere la existencia entre ambas familias de un contencioso amargo e indigesto. ¿Eran también motivos políticos, ligados a un posible sentimiento catalanista o la posibilidad, insinuada por mi padre, de que tío Eusebio hubiese transmitido a su mujer una dolencia vergonzosa e incurable? De nuevo, como en el caso de Ramon Vives, el desgaste del tiempo y muerte de los testigos impide responder con certeza. Cuando leo libros de historia, la seguridad impertérrita con que sus autores establecen lo ocurrido hace milenios me produce una invencible sensación de incredulidad. ¿Cómo es posible reconstituir un pasado remoto si incluso el más reciente aparece sembrado de tantas incertidumbres y dudas? La opacidad del destino de una buena parte de mi familia es una perfecta ilustración para mí de la impotencia en descubrir y exhumar al cabo de pocos años la realidad tangible de lo que ha sido.

La rama del abuelo Ricardo ofrece menor variedad y dramatismo: oriunda al parecer del Ampurdán, cuenta entre sus miembros al abogado y publicista Gay de Montellá, autor de numerosas obras de tema jurídico. Quiénes fueron o qué hicieron sus padres es un recuerdo que se llevó con él al sepulcro. El abuelo tenía dos hermanos, Víctor y Laureano, a quienes llegué a conocer antes de la guerra: vestían con elegancia severa y se destocaban ceremoniosamente al entrar en casa. No podría precisar en cambio en qué fechas murieron: ambos dejaron fa-

1. Falleció de tuberculosis renal, como su marido, en el Sanatorio del Buen Salvador, de Sant Feliu de Llobregat, el de abril de 1942. Véase *Poetas muertas*, pág. 20. [Nota para la presente edición.]

milia y tía Lola, viuda de uno de ellos, solía visitarnos con su prole en los años cuarenta. Era una dama barroca y llena de afeite, cuya estampa se asocia en mi memoria con un mundo de jarros de porcelana y pantallas de flecos. Sus hijos y sobrinos sobrellevaban con dignidad una existencia dificultosa y precaria, cuyo menoscabo social hería su orgullo y buenas maneras. El abuelo era a sus ojos el rico de la familia pero, según tengo entendido, observaban rigurosamente el precepto de no quejarse ni poner a prueba sus muy dudosos sentimientos de generosidad. Estos parientes lejanos desertaron poco a poco del ámbito familiar: la última vez que les vi en casa, a fines de mi bachillerato, habían acudido a saludarnos con motivo de la partida de uno de ellos, en busca de fortuna, al suelo más próspero y benigno de Venezuela.

El eclipse gradual y definitivo de la rama materna tuvo una importancia especial para mí y mis hermanos a causa de nuestra futura condición de escritores. A la pregunta tantas veces repetida de unos años acá de por qué no escribimos en catalán me veo obligado a sacar a luz las circunstancias en que se desenvolvió la vida de mi familia. Mientras los abuelos Marta y Ricardo hablaban entre sí en aquel idioma, se dirigían a nosotros en castellano por expresa indicación paterna. Aunque la abuela nos había enseñado algunas canciones infantiles y mezclara a menudo expresiones y frases en ambas lenguas, tanto en casa –con mi padre y Eulalia– como en el colegio –en las aulas y entre compañeros– se empleaba exclusivamente el castellano –un castellano empobrecido y adulterado según descubriría más tarde, al extender el ámbito de mis frecuentaciones y amistades más allá de la insulsa y convencional burguesía barcelonesa. Bajo la fuerte presión de unos años en que debía cultivarse por decreto la «lengua del Imperio», el catalán subsistía a duras penas en la intimidad de las casas. Fruto de ello sería mi escaso conocimiento del mismo fuera de las fórmulas de cortesía, saludos y tacos aprendidos, en los veranos, con los payeses de Torrentbó. Papá, en el nirvana de su fobia anticatalanista, se complacía en contrastar la prosapia, distinción y eufonía de la lengua de Castilla –sonoridad rotunda de su toponimia: Madrigal de las Altas Torres, Herrera del Duque, Motilla del Palancar– con la zafiedad y plebeyez de unos Terrassa, Mollet u Hostafrancs grotescamente pronunciados para rematar su singular cursillo de etimología y fonética comparadas con la obligada referencia a la belleza misteriosa del término «luciérnaga» frente a la grosería y miseria del «cuca de llum» local. Por una razón u otra, lo cierto es que la lengua materna –desva-

necida para siempre con mi madre— me resultó con su muerte profundamente extraña: una lengua en cuyo espacio me movería con incomodidad y apenas sabría leer de corrido hasta que, instalado ya en Francia, me tomé la molestia de estudiarla a ratos libres para acceder al conocimiento de sus obras sin ayuda del diccionario. Gracias a ello puedo disfrutar hoy de la lectura de escritores como Foix, Ferrater o Rodoreda, pero, después de casi treinta años de alejamiento, las palabras del trato o conversación más comunes asoman difícilmente a mis labios.

En el período actual de «normalización lingüística», mi situación —como la de mis hermanos y una buena docena de escritores amigos— es periférica y marginal por partida doble. En Madrid, se nos suele considerar erróneamente catalanes, como a Alberti andaluz, Bergamín vasco o Cela gallego. Pero nuestros colegas y paisanos no nos acogen, con razón, en su gremio en la medida en que la actividad fundamental nuestra —la escritura— engarza con una lengua y cultura distintas de las que los identifican a ellos. Catalanes en Madrid y castellanos en Barcelona, nuestra ubicación es ambigua y contradictoria, amenazada de ostracismo por ambos lados y enriquecida no obstante, por el mutuo rechazo, con los dones preciosos del desarraigo y movilidad.

Como prueba mi propio ejemplo, la inclinación a una u otra lengua por parte del escritor potencialmente bífido no es producto exclusivo de una libre elección personal sino resultado más bien de una serie de coyunturas familiares y sociales posteriormente asumidas. La desaparición temprana de mi madre y el medio conservador, religioso y franquista en que me criara fueron sin duda elementos primordiales de mi inserción en una cultura que, cincuenta años atrás, el tío Ramon Vives había motejado de «opresora». Pero, más significativo que ese determinismo histórico en favor de una de las lenguas en liza es, en mi caso, la relación apasionada con ella a partir del día en que, lejos de Cataluña y España, descubrí que era mi patria auténtica y objeto simultáneo de odio y amor. Mi pasión tardía por la lengua y cultura castellanas, sufrida antes que yo por una serie de escritores cuya obra genial se afirmó a contracorriente de ellas a costa de un desvivirse amargo, fue a la vez baño de identidad lustral y reacción de defensa contra el vacío de un largo destierro. Decir que no elegí la lengua sino que fui elegido por ella sería el modo más simple y correcto de ajustarme a la verdad. La oscilación entre dos culturas e idiomas se asemeja bastante a la indeci-

sión afectiva y sensual del niño o adolescente: unas fuerzas oscuras, subyacentes, encauzarán un día, sin su consentimiento, su futura orientación erótica. El impulso ciego a una forma corporal masculina será así tan misterioso como el que le conducirá a enamorarse para siempre de una lengua a la escucha de Quevedo o de Góngora. Elección tanto más significativa y valiosa cuanto ventilada en un foro o palenque de culturas cuyo choque implica ideas de mestizaje, bastardeo y precariedad. Castellano en Cataluña, afrancesado en España, español en Francia, latino en Norteamérica, nesrani en Marruecos y moro en todas partes, no tardaría en volverme a consecuencia de mi nomadeo y viajes en ese raro espécimen de escritor no reivindicado por nadie, ajeno y reacio a agrupaciones y categorías. El conflicto familiar entre dos culturas fue el primer indicativo, pienso ahora, de un proceso futuro de rupturas y tensiones dinámicas que me pondría extramuros de ideologías, sistemas o entidades abstractas caracterizados siempre por su autosuficiencia y circularidad. La fecundidad de cuanto permanece fuera de las murallas y campos atrincherados, el vasto dominio de las aspiraciones latentes y preguntas mudas, los pensamientos nuevos e inacabados, el intercambio y osmosis de culturas crearían poco a poco el ámbito en el que se desenvolverían mi vida y escritura, al margen de los valores e ideas, menos estériles que castradores, ligados a las nociones de credo, patria, Estado, doctrina o civilización. Hoy día, cuando la fanfarria hispana reproduce a diario las celebraciones de las patrias chicas medianas o grandes a nuestras glorias literarias y artísticas, el silencio, extrañeza y vacío que nos envuelven a mí y a unos cuantos, lejos de entristecerme, me convence de que el binomio fidelidad/desarraigo tocante a la lengua y país de origen es el mejor indicativo de un valor estético y moral en cuya hondura no cala por fortuna el dador de homenajes. La libertad y aislamiento serán la recompensa del creador inmerso hasta las cejas en una cultura múltiple y sin frontera, capaz de trashumar a su aire al pasto que le convenga y sin aquerenciarse a ninguno. La guerra civil íntima de mi sexo y lengua, preludio quizá de mi futura oralidad fálica y literaria, se dirimió de forma subterránea a través del conflicto cultural protagonizado por mi familia. Muerta mi madre, el terreno iba a quedar despejado, pero la victoria de un castellano vuelto bumerán de sí mismo fue bastantes años posterior a mi entrega juvenil a la escritura: obra, no de una supuesta partenogénesis del catalán, sino de una temporal, pero necesaria defensa frente a la solapada invasión galicista. Mi conquista tenaz de un idio-

ma propio y orgulloso de su diferencia se hizo pues en oposición dialéctica al estímulo generador de otras lenguas: sin esta correlación dinámica con el francés, el inglés o el árabe en la encrucijada feraz de varias culturas opuestas, no habría podido tributar mi modesto y respetuoso homenaje al Arcipreste de Hita en la ágora de Xemaá-el-Fná.